

Breve bosquejo de la Pampa y del hombre nortino en la literatura chilena

INTRODUCCIÓN

El Norte Grande de Chile, territorio que comprende las actuales regiones de Tarapacá y Antofagasta extendido desde el límite con el Perú hasta aproximadamente los 26° latitud sur, se convierte en una constante fuente de inspiración para poetas y prosistas al comenzar el siglo XX.

Tal omisión de las letras por tal paraje se explica por el abandono a que estuvo sometido por largo tiempo, dando lugar a aislados asentamientos que vivían de la labor agrícola de subsistencia y de esporádicos beneficios mineros, de cual Huantajaya fue el símbolo máximo de tal actividad durante la Colonia en todo el Norte Grande, es decir, la pampa del Tamarugal y el desierto de Atacama.

Mientras la pampa del Tamarugal ofrecía en sus quebradas y oasis cierto ambiente acogedor con cultivos de viñas y de maíz, el panorama que se apreciaba al sur del río Loa era distinto.

El desierto de Atacama, o despoblado como se referían los cronistas, fue objeto de continuos juicios adversos de los mismos, mantenidos en las observaciones de sus infrecuentes viajeros hasta mediados del siglo XIX.

Al irrumpir la historia en el desierto Gonzalo Fernández de Oviedo no tiene reparo en señalar, al aludir a la empresa de Diego de Almagro, «intentaron el despoblado e infernal camino de Atacama»¹. El Conquistador de Chile, Pedro de Valdivia, le menciona al Emperador Carlos V que Copiapó es, «la primera población pasado el grand despoblado»².

¹ GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia General de las Indias*. Edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, 1959, B.A.E., tomo 121, p. 147.

² «Cartas de Pedro de Valdivia que trata del descubrimiento y conquista de Chile», en *Crónicas del Reino de Chile*. Edición y estudio preliminar de Francisco Esteve Barba, Madrid, 1960, B.A.E., tomo 131, p. 26. Carta de 9 de julio de 1549 fechada en Santiago.

Alonso de Góngora Marmolejo consigna en su *Historia de Chile* lo forzoso de sus ochenta leguas de travesía, «falto de yerba, y de agua, si no era en unos pozos pequeños, que llamaban jagüeyes»³.

La descripción de Pedro Mariño de Lobera prosigue la enumeración de las características climáticas desfavorables,

...largo despoblado cuya travesía es de ciento y veinte leguas, donde pasaron trabajos excesivos, por ser muy estéril y sin género de hierba ni agua, ni otro pasto para los caballos... son tan ásperos y fríos los vientos de los más lugares deste despoblado, que acontece arrimarse al caminante a una peña y quedarse helado y yerto en pie por muchos años, que parece estar vivo... pocas aguas que fuera de la lluvia hay en estos desiertos son tan inútiles que, o están en jagüeyes a doce y trece leguas, o en algunos pocos manantiales donde corren clarísimas acequias de agua que convidan tanto con su transparencia, que se abalanzan a ella los que llegan sedientos, conociendo por experiencia cuánta verdad será que el deleite tiene la apariencia amena, dejando al gusto amargo más que acíbar. Ni es menos inútil el agua de un hermoso río deste despoblado, que siendo tan grata al aspecto como la pasada, apenas se ha tomado en la mano, cuando está vuelta en sal cuajada, de la cual sólo son sus riberas sin otra cosa⁴.

Las afirmaciones de los cronistas se centraron en la descripción física ignorando las posibilidades que podría ofrecer el subsuelo del desierto. Tal fue la acusación lanzada por Vicuña Mackenna en 1882 cuando se refirió a las «equivocadas nociones de los primeros cronistas españoles que hablaban sólo de un despoblado»⁵.

El concepto del despoblado erigido por los cronistas, una imagen de esterilidad y desolación, será repetido con algunas variantes a mediados del siglo XIX.

En su recorrido por tal paisaje, acompañado por Diego de Almeyda, el naturalista Rodulfo Armando Phillippi sentenciaba en el verano de 1853-1854:

La narración de mi viaje, ha puesto de manifiesto que el despoblamiento carece de todo recurso para hacerlo habitable, para permitir que sea una vía de comunicación, de comercio... He visto muchas personas esperar un gran éxito de los pozos artesanos. Desgraciadamente no hai ninguna esperanza de poder obtener estos pozos en el Desierto... Me parece inútil demostrar que es sumamente difícil, por no decir imposible, construir ferrocarriles o telégrafos eléctricos por el Desierto.

Doi por entendido que se pensaría únicamente en tales empresas si se verificase un día en el centro del Desierto el descubrimiento de minas de metales preciosos de una riqueza fabulosa, porque sin esto nadie pensaría en tales empresas⁶.

³ ALONSO DE GÓNGORA MARMOLEJO, «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575», en *Crónicas del Reino de Chile*, op. cit., p. 80.

⁴ PEDRO MARIÑO DE LOBERA, «Crónica del Reino de Chile», en *Crónicas del reino...*, op. cit., pp. 249-50.

⁵ BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *El Libro de la Plata*, 1.ª ed. 1882, 2.ª ed. Editorial Francisco de Aguirre, 1978, p. 232.

⁶ Vid. RODULFO ARMANDO PHILIPPI, *Viaje al Desierto de Atacama hecha por orden del gobierno de Chile en el verano de 1853-1854*, Halle, 1860.

Pero la intuición, la experiencia de lo recorrido, la «tinca» de los denominados «héroes del desierto», según la afortunada expresión de Isaac Arce⁷, lograron vencer al páramo en sí y a las secuelas de opiniones al respecto.

Hombres como los experimentados Diego de Almeyda, Juan López, los hermanos Latrille que conjugaban tesón e imaginación, juntos a los visionarios y de ímpetu empresarial, como José Antonio Moreno, José Díaz Gana, José Santos Ossa, Francisco Puelma, Matías Rojas, iban forjando un conocimiento íntimo de la región paralelo a una explotación de sus riquezas que van a incentivar la emigración de compatriotas desde la provincia de Atacama.

El desierto, por consiguiente, tuvo «falsos oráculos», «soñadores», «videntes» y «hombres de acción» al igual que la Patagonia, que también fue acometida por juicios deterministas que pesaron en las espíritus⁸, en la que el romántico Vicuña Mackenna, afortunado en las posibilidades del desierto, yerra en la visión del territorio meridional.

En la década de 1860 se verifican decisivos descubrimientos salitrales y surgen los campamentos mineros que van humanizando el paisaje desértico permitiendo la formación de ciudades portuarias como Antofagasta. Así podía puntualizar Elisée Reclus en 1868:

Las riquezas minerales... harán de aquel despoblado uno de los centros más fecundos de la industria minera, la cual ha principado ya varias explotaciones, en ambos estremos del Desierto, como para apoyar en ellas su futura conquista de toda la región⁹.

Tal realidad movió a tomar la pluma a hombres que buscaban los terros en tales latitudes como a los que apoyaban aquellos esfuerzos.

Descubierto el importante mineral de Caracoles en mayo de 1870, el escritor José Victorino Lastarria la publicitaba entusiastamente en sus memorables *Cartas descriptivas del mineral de Caracoles* datadas el 15 de octubre de 1871 en tal localidad¹⁰.

Al año siguiente Juan López, después de múltiples actividades y poner la «primera piedra» de Antofagasta, redactaba su famoso *Memorial* de 20 de septiembre de 1872¹¹.

Santos Ossa le seguía en 1874, una vez recorrido el despoblado entre San Pedro de Atacama y Copiapó, con su folleto *El desierto de Atacama, estudio dedicado al señor Ministro de Hacienda de Chile*.

⁷ ISAAC ARCE, *Narraciones históricas de Antofagasta*. Imprenta Moderna, 1930.

⁸ Vid. JOSÉ MIGUEL IRARRAZAVAL LARRAIN, *La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos*. Edit. Andrés Bello, 1966.

⁹ ELISÉE RECLUS, *La Terre*, París, 1868, citado por JOSÉ VICTORINO LASTARRIA en *Miscelánea histórica y literaria*, Imprenta de la «Patria», 1870, tomo III, p. 223, nota 1.

¹⁰ JOSÉ VICTORINO LASTARRIA, *Cartas descriptivas del mineral de Caracoles, dirigidas al Ministro de Hacienda de Bolivia don Tomás Frías y datadas desde aquel asiento el 15 de octubre de 1871*, Valparaíso, 1871.

¹¹ Vid. JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ P., *El Memorial de Juan López. Noticia histórica*, Colecciones HACIA, Antofagasta, 1980.

Nuevas páginas de estudio y de meditación en relación al desierto, se debieron a Benjamín Vicuña Mackenna y sus vibrantes evocaciones de sus hombres en *El Libro de la Plata* en 1882, a Matías Rojas que con mano periodística unió documentos históricos y vivencias en su magnífica obra *El Desierto de Atacama i el territorio reivindicado* de 1883¹², en las anotaciones de Alejandro Bertrand para la *Memoria sobre las cordilleras del Desierto de Atacama y regiones limítrofes* de 1885 y las dirigidas al Vicario antofagastino Luis Silva Lezacta por Emilio Vaisse en su *Carta del Sr. Cura don Emilio Vaisse sobre su pérdida en el desierto* de julio de 1890¹³.

La cultura de los antiguos pobladores, los atacameños y su lengua cunza o kunza, mereció la atención entre 1890-1896 de religiosos como José Benito Maglio y Emilio Vaisse, del ingeniero Francisco J. San Román, del filólogo y jurista Aníbal Echeverría y Reyes y de Félix Segundo Hoyos¹⁴.

La creación literaria también se hizo presente en la década de 1860.

Carlos Walker Martínez publicaba en el periódico *Voz de Chile* en enero de 1867 el presumible primer poema dedicado al desierto, «Al desierto de Atacama», cuya lírica descriptiva prosigue la imagen adversa del mismo.

...Allí no hay sombra en el día
 Cuando un sol de rayo ardiente
 Lanza su luz refulgente
 Sobre tanta soledad.
 Inmensos mares de arena
 Que abarcan los horizontes
 Hay sólo, y ásperos montes
 De arena, piedra y metal.
 No silban allí las brisas,
 Ni murmura blando el viento:
 Agitándose violento
 Sólo ruge el aquilón.
 Parece el eco sañudo
 Del espíritu que veja
 Como adusto centinela
 Sobre esa triste región.

.....
 Allí precipicios hondos
 Que eterna noche sepulta
 Donde el insecto se oculta
 Que jamás la luz gozó.
 Acá un peñón parece
 Desplomarse, carcomido

¹² MATÍAS ROJAS DELGADO, *El Desierto de Atacama i el territorio reivindicado*, Imprenta El Industrial, Antofagasta, junio, 1883.

¹³ *Carta del Sr. Cura don Emilio Vaisse sobre su pérdida en el desierto*, Imprenta de la Librería del Porvenir. Hemos estudiado la personalidad de Vaisse en su ejercicio pastoral en el norte de Chile en *Emilio Vaisse en el norte. Noticias y documentos*.

¹⁴ Vid. FRANCISCO J. SAN ROMÁN, *La lengua cunza de los naturales de Atacama*, Imprenta Gutenberg, 1890; ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES, *Noticias sobre la lengua atacameña*, Imprenta Nacional, 1890; EMILIO VAISSE, FÉLIX SEGUNDO HOYOS, ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES, *Glosario de la lengua atacameña*, Imprenta Cervantes, 1896.

Por el tiempo, enegrecido
Por la lluvia y por el sol.
Moles inmensas y adustas,
Montes que no tienen nombre,
Donde nunca llegó el hombre
A poner su planta audaz.
Un cielo siempre encendido,
Siempre un sol resplandeciente
Que torna en piélago ardiente
El anchuroso arenal¹⁵.

La bonanza de Caracoles proyectó un ligero optimismo en los versos dedicados a celebrar tal acontecimiento, como se aprecia en la cuarteta inicial del bardo popular Bernardino Guajardo:

Es Caracoles hoy día
Un California en riqueza,
Se descubrió la grandeza
Que en aquella sierra había¹⁶.

La afluencia de chilenos desde Atacama y de provincias del sur del país, permitió crear un nuevo tipo de hombre, el ser pampino, el obrero salitrero, con el que el territorio completó sus elementos literarios que brindaría al mundo intelectual: Pampa, Salitre y Hombre.

A la riqueza argentífera de Caracoles le sobrevivió el contemporáneo salitre afectando a toda la comarca, como señaló Mario Bahamonde:

El nortino fue minero hasta 1879, cuando el desarrollo vertiginoso de la industria del salitre transformó la fisonomía regional y con ello cambió el modo de ser de sus hombres¹⁷.

Fue característico de tal situación la socorrida frase que los personajes literarios recogían de la realidad: «la pampa nos hizo un hombre hecho y derecho».

La Pampa, como genéricamente se denominaba a la planicie calichera, rigió los más mínimos detalles de la existencia del hombre. Allí encontramos la vida alrededor de pulperías y de fichas por medio de la formación de un lenguaje auxiliar nutrido de palabras relacionadas con la actividad del nitrato, de extranjerismos técnicos, y de su jerga, lo que resultaba el vocabulario salitrero, estudiado parcialmente por Alejandro Bertrand y Aníbal Echeverría y Reyes.

¹⁵ BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *op. cit.*, pp. 243-244.

¹⁶ *Poesías Populares* de Bernardino Guajardo, vol. V, citado por BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *op. cit.*, p. 261, nota.

¹⁷ MARIO BAHAMONDE, *Pampinos y Salitreros*, Editorial Quimantú, 1973, p. 8. Similar preocupación por la historia regional evidenciada en la obra de Andrés Sabella, rodeó la producción narrativa e intelectual en general de Mario Bahamonde, que hemos puesto de relieve en *El sentido de la historia en Mario Bahamonde*, incluido en MARIO BAHAMONDE, *Pueblo Muerto*, publicado póstumamente por el Taller de Literatura Recital, Antofagasta, 1982.

La biografía del hombre en la pampa fue, y es, la duración de explotación minera por una Oficina.

La plasmación artística de aquello por la literatura salitrera, o pampina, por la temática principal, fue la prolongación de aquella que recreó las condiciones del hombre en el carbón, cuyo mayor exponente fue Baldomero Lillo, y que se encauzó tanto por el naturalismo en boga a principios de siglo y por un realismo social más tarde. Al ciclo salitrero le sucedió la faena cuprífera, con lo que el quehacer literario relativo a los minerales de Chile ha reunido un número considerable de narraciones¹⁸.

La región salitrera mereció la atención primordial de los escritores de la denominada generación de 1938 o del 42, según otros, que se enmarcan en el denominado realismo social o neorealismo¹⁹, destacándose los nombres de Andrés Sabella, Volodia Teitelboim, Luis González Zenteno y Mario Bahamonde. Mientras que la poesía que reflejó las dimensiones humanas y de la naturaleza en cuestión puede ser calificada de criollismo o de paisajismo lírico y asimismo de poesía social.

La trilogía Pampa, Salitre y Hombre fue abordada por la narrativa de modos diferentes acentuándose un rasgo sobre otro. Algunos títulos ilustran el fenómeno. Volodia Teitelboim con *Hijo del Salitre*, Andrés Sabella y su *Norte Grande*, Luis González Zenteno y *Caliche*, Nicolás Ferraro con *Terral*, Tamarugal de Eduardo Barrios, o *Pampa Desnuda* de Oscar Bermúdez, todavía inédita.

La Pampa, como espacio donde se desenvuelve la vida del hombre en las salitreras, posee tres elementos secundarios inherente a ella que influye en el comportamiento psicológico del hombre, según sea su circunstancia, y que serán incorporados a la creación literaria: El Espejismo, la Camanchaca y el Terral, en menor importancia.

La gravitación que posee la Pampa en la trama narrativa es significativa. *Norte Grande* de Andrés Sabella, en nuestra opinión, la más sugestiva de andamiaje histórico recreativo y de mayor tensión poética de tal novelística, conforma, en la terminología de Wolfgang Kayser, *Interpretación y análisis de la obra literaria*, una novela de espacio.

Nuestro trabajo se centrará en las descripciones que la prosa literaria, incluido el ensayo, y la lírica ofrece sobre el hombre nortino y la pampa con sus componentes del espejismo y la camanchaca.

¹⁸ Vid. RAÚL SILVA CASTRO, *Panorama literario de Chile*, Editorial Universitaria, 1961. LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *Proceso y Contenido de la Novela Hispano-Americana*, 2.^a ed., Corregida y aumentada, Gredos, 1968. MARIO BAHAMONDE, *Guía de la Producción Inelectual Nortina*, Universidad de Chile, Antofagasta, 1971. JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ P., y JORGE ENRIQUE PANIAGUA S., *Historia Cultural de Antofagasta. Primera Epoca. 1870-1930*, Universidad del Norte, Antofagasta, 1979.

¹⁹ Vid. FERNANDO ALEGRÍA, *Historia de la novela hispanoamericana*, Editorial de Andrea, 4.^a ed., 1974. HIGO MONJES y JULIO ORIANDI, *Historia de la literatura chilena*, Editorial Zig-Zag, 2.^a ed. CEDOMIL GOIC, *Historia de la Novela Hispanoamericana*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.

LA PAMPA ETERNA

En esta excepcional zona terrestre
—desierto americano—
en este polvo arcano
que en guerra fraticida
supo el brazo chileno conquistar,
parece que no hay vida.
Ni una planta
en su abonado suelo se levanta;
las galas de la aurora
desaparecen sin canción canora²⁰.

Esta breve reseña de la pampa que relata la incorporación de ella a la soberanía de Chile describiéndola, es el producto de lo visto y vivido durante tres años en tierras del Norte Grande, de Clodomiro Castro A., el que al dar a luz en 1896 su poema *Las Pampas Salitreras* iniciaba «el despertar de la literatura salitrera»²¹, y convertía al mismo tiempo sus versos en el «primer homenaje a la industria en las letras chilenas»²².

Clodomiro Castro presentaba la primera muestra de los elementos literarios que entregó el yermo nortino, trazando todas las facetas de la vida del hombre en la pampa.

El hombre fue humanizando vigorosamente tal paisaje, dejando como rastros de humanidad las construcciones que erigía, a la cual le asignaba un nombre... que revelaba su procedencia y anhelos. Refiriéndose a este aspecto Benjamín Subercaseaux observaba:

*En la pampa, como en la montaña, los nombres geográficos señalan el pensamiento y las etapas del esfuerzo en la lucha por la vida... algunos nombres revelan las angustias de los exploradores y aventureros: Pampa engañadora... y la preocupación constante del agua para esas gargantas enronquecidas: Aguas Blancas, Agua Buena...*²³

Esta es la pampa eternamente conocida y desconocida que acoge al hombre brindándole sus deseadas entrañas y el abrazo del sol, latigándole sus espaldas indefensas, burlándose caprichosamente con múltiples sensaciones que el espejismo fija en la retina anhelante y cansada del viajero y del pampino, que al esfumarse le somete al desamparo total en compañía de una quietud inquietante, que obligó al poeta a declarar a la pampa como la *Estación del Silencio*.

Territorios de lentos espejismos,
geografía tatuada en soledades²⁴.

²⁰ CLODOMIRO CASTRO, *Las Pampas Salitreras*, Cuadernillos HACIA (La Tierra, El Hombre, La Poesía), Antofagasta. Dirigida y editada por Andrés Sabella, núm. 30, p. 7.

²¹ MARIO BAHAMONDE, *Antología del cuento nortino*, Universidad de Chile, Antofagasta, 1966, «Notas sobre el desarrollo de la literatura nortina», p. 25.

²² ANDRÉS SABELLA, *Semblanza del Norte chileno*, Editorial Universitaria, 1955, p. 10.

²³ BENJAMÍN SUBERCASEAUX, *Chile o una loca geografía*, Editorial Ercilla, 1949, pp. 100-101.

²⁴ JUAN GANA, «Estación del Silencio», poema, en *Cuadernillos HACIA*, op. cit., p. 6.

Suelo que concretó la más visible y contradictoria semilla del hombre sembrada en él: las máquinas:

Vegetación singular, que
es el esqueleto de un monstruo animal
sagrado y violento: las máquinas²⁵.

El vuelo poético de Ivo Serge situó a la pampa como una hembra con sus propias características y trató de comprenderla.

Por qué juzgarte incomprendible y ruda,
hembra incitante que, a la luz del día,
ocultas tu erotismo y picardía
tras el embrujo de tu piel desnuda²⁶.

Mientras la sensibilidad poética, unida a su condición de religioso, de Miguel Squella, la dimensión del espacio y la existencia en él, tiene un acento bíblico:

Marco el paso del tiempo
con mi paso,
en la extensión inmensa del desierto
que si yo no pasara
en el silencio
y en esa soledad del vasto yermo,
todo sería igual a los comienzos
que no tienen un fin como lo eterno²⁷.

Pero, la pampa fue más que el lugar de inspiración poética. Fue el campo donde se desarrolló la lid entre el hombre y su riqueza, como expresó Lautaro Yankas:

Pampa... donde el roto concertó el desafío del bien y del mal como en un paraíso de condenados.

Infierno de salitre, metal y codicia, de andar civilizado y ciego. Pampa encontrada donde el roto prodiga sus briscas con la muerte²⁸.

EL VELO DE LA PAMPA: LA CAMANCHACA

El pasado colonial recoge la existencia de los indios camanchacas asociándolos al fenómeno climático. Ellos fueron los primeros en experimentar la intervención de la camanchaca en su modalidad de vida.

²⁵ ANDRÉS SABELLA, *Hombre de cuatro rumbos*, Editorial Orbe, 1966, p. 34. Poema «La vegetación negra».

²⁶ IVO SERGE, *Ayer y Hoy*, Poemas, Antofagasta, 1966. Poema «Pampa», sin numeración de página.

²⁷ MIGUEL SQUELLA, *Lugar de Sol, Arena y Sal*, Ediciones Rimec, Antofagasta, abril de 1980. Poema «Desierto sin tiempo».

²⁸ LAUTARO YANKAS, «Tierra Nuestra», *Cuadernillos HACIA*, op. cit., núm. 32, p. 9.

La camanchaca jugó un rol asociado a la fatalidad en el argumento narrativo.

Víctor Domingo Silva en su cuento *La Trampa* para finalizar la cadena de desgracias que acometía a la familia de Ño García, fija la escena en una noche de neblina:

Es de noche, y flota una helada camanchaca por sobre los calichales... Un jinete medio ebrio... atravesaba la pampa...²⁹.

La camanchaca no tiene amigos entre los hombres. Es el enemigo de los viajeros, cuyo pensamiento más íntimo en su travesía pampina, es el deseo de su ausencia.

Luis González Zenteno en su novela *Caliche* les libra de su presencia a sus personajes a la llegada a su destino donde el infortunio aguardaba:

El camión cruzaba la pampa...

---Es una suerte que no tengamos camanchaca ---dijo el hombre.

---Verdad ¿no?

---Capaz de volverse loco con esa neblina endemoniada. No se ve ni un tantito así. Kilómetros y kilómetros de vapor algodonoso, no sabe uno si va a llegar a su destino o va a quedar como estampilla en otro vehículo.

---¿Tan peligroso es?

---Muy peligroso.³⁰

Donde obtiene su máxima manifestación es en el cuento de Eduardo Barrios *Camanchaca* donde actúa de modo directo e indirecto, a través de las figuras que se forman a su paso a Carlos, producto de la humedad que se le escurría por su sombrero. En este relato la camanchaca es capaz de rastrear las debilidades humanas, el miedo y la cobardía.

¿Camanchaca!... Pero siguió avanzando por la huella... Hasta que su vista hubo de fijarse con extrañeza en dos puntos negros aparecidos a la distancia. Experimentó un ligero sobresalto.

¿Qué es aquello? Dos bultos oscuros entre el gris de la bruma. ¿Dos hombres?... No pudo evitar que el corazón le latiese con violencia... Mientras, la camanchaca había adquirido tan líquida densidad, que la noche lindaba con la tiniebla. Le cruzó a Carlos por la imaginación un símbolo de la otra vida...

Cuando puso pie en tierra, las piernas le temblaron. Tiritaba de nuca a talones. Totalmente sin fuerzas, abandonó las bridas del caballo y sentóse laxo...³¹

En el cuento de Eduardo Barrios encontramos el mismo rol que le corresponde a la pampa en *Norte Grande* donde, en opinión de Tancredo Pinochet, «el verdadero protagonista... es la pampa salitrera»³². Igual similitud hallamos en *Terral* donde el viento se constituye en uno de los principales personajes.

²⁹ VÍCTOR DOMINGO SILVA, *La Pampa trágica*, Editorial Zig-Zag, 1938, p. 110.

³⁰ LUIS GONZÁLEZ ZENTENO, *Caliche*, Editorial Nascimento, 1954, pp. 5-6.

³¹ EN MARIO BALLEMONDE, *Antología del cuento nortino*, op. cit., pp. 80 y 87.

³² TANCREDO PINOCHET, *Motín en la Biblioteca*, Biblioteca de Alta Cultura, 1952, p. 267.

EL ANHELO DEL DESIERTO: EL ESPEJISMO

Es el personaje lúdico por excelencia de la pampa, dominando distancias en el espíritu humano. Es la eterna esperanza irrealizable del desierto y del hombre.

El espejismo y la camanchaca posibilitan representar algunas caracterizaciones de humanidad. La camanchaca simboliza al tipo ambiguo, indeciso, turbado; mientras, el espejismo encarna a embaucadores, engañadores.

El espejismo no surte mayor efecto de su ilusionismo a los que se han encariñado con la pampa. El personaje Hipólito Pizarro de *El Empampado* de Domingo Silva, se ve sujeto a enfrentar, una vez abandonada la Oficina, las imágenes encantadas del espejismo.

Anduvo, anduvo... Sonreía, ante los espejismos habituado a la falacia de ese fenómeno de óptica de los desiertos. Sobre las tierras lejanas dibujábanse extrañas cabalgatas... Ciudades mágicas que aparecían para desvanecerse instantáneamente... la feérica visión del lago transparente bordeado de juncos y surcado de aves acuáticas...

Sonreía el pampino, pensando en los viajeros novatos que se habrían dejado engañar por semejante ilusión³³.

Paisaje engañoso de la aridez destinado a los hombres que surcan tal espacio que Erasmo Bernales acota que los pampinos «hurgan la soledad y el espejismo»³⁴.

Andrés Sabella sugiere una explicación de esta utopía del desierto que conformaría la leyenda de la pampa.

Como la pampa no tiene verde que encante al hombre con sus fluidos de sueños, ni el nido hace en ella su pequeño círculo divino debe otorgar otros espectáculos que pongan luz en su corazón... Los espejismos se encargan de ello.

En el espejismo arde la mentira más dura y más bella³⁵.

EL HOMBRE

Sostenía Benjamín Vicuña Mackenna que a diferencias de otros oficios, el minero no se hacía jamás tráfuga. Y el hombre pampino incorporó a su ser tal característica.

Enfrentando diariamente su faena y la dureza del sol, fue moldeando un arquetipo humano admirado por su recia contextura física que llegó a constituir una descripción tópica en la literatura. Adentrándose en su retrato sico-sociológico podía anotar Nicomedes Guzmán que:

³³ VÍCTOR DOMINGO SILVA, *La Pampa trágica*, op. cit., p. 32.

³⁴ ERASMO BERNALES, «Estos hombres del norte», poema, en *Cuadernillos HACIA*, op. cit., núm. 37, p. 5.

³⁵ ANDRÉS SABELLA, *Norte Grande*, Editorial Orbe, 2.ª ed., 1959, p. 56.

Un sentido permanente de lucha, de aguerrida beligerancia, de feroz brega, le define como un ser que existe envuelto en una atmósfera de eterno desplazamiento hacia la creación de un sentimiento y una conciencia sociales de la vida. No se trata ya de la explotación del hombre por el hombre, así, simplemente, sino de la función de vivir en permanente pugna con el medio implacable. El salitre y el laboreo que le corresponde, el discurrir anónimo del hombre serrano, su condición desamparada, sujeta a un afán colectivo de superación, en todos los órdenes, son aquí los supremos tiranos³⁶.

La estancia de la sublime Gabriela Mistral en sus años de formación en los extremos de Chile, el norte, residiendo en Antofagasta en afanes pedagógicos en el Liceo de Niñas, y en el extremo sur, en Punta Arena, cumpliendo igual tarea, permitíanle aconsejar con autoridad que el que quisiera conocer cabalmente al chileno, debía fijar su atención en el poblador de las salitreras.

El chileno, lo que él es, lo que puede sacar de sí, el chileno en volumen y en irradiación de energía, hay que conocerlo en la zona salitrera o en la región antártica de la Patagonia³⁷.

Mientras Luis González Zenteno volcaba su experiencia humana en su ensayo *El Norte Grande: Su medio y su gente*, señalando un contrapunto común:

Uno piensa frente al yermo: «El hombre ha de ser aquí duro como la naturaleza.» Se asocia siempre la vegetación al optimismo y la fertilidad a la magnificencia. Y, extraño, el hombre nortino es cordial y generoso, con la sonrisa a flor de epidermis³⁸.

Además de las características mencionadas, el pampino posee otras que lo distinguen de sobremanera: su tenacidad, rebeldía y ese sentimiento trágico que lleva consigo engendrado, no por la naturaleza a la que se ve sometido, sino resultado del ciclo de desesperanzas que desvanecen un futuro prometedo saboreado en su contacto con el *enganchador*.

Esto ha motivado que el leit motiv más generalizado que se aprecia en la narrativa salitrera e incluso como fuente poética sea la tragedia humana que se percibe en las pampas calicheras.

Si lo trágico es lo que hermana a los pampinos, debemos acotar que independiente de tal fenómeno existencial, se constata la presencia de hombres con distintas facetas, buenos y malos, idealistas y oportunistas, con cualidades humanas y con lacras morales, que reflejados en el mundo literario no siempre fueron representados en números proporcionales. Raúl Silva Castro, en relación con esto, estampaba su queja:

Hay novelistas que poseen un concepto sombrío del mundo, y que lo presentan poblado de seres siniestros³⁹.

³⁶ NICOMEDES GUZMÁN, *Autorretrato de Chile*, Editorial Zig-Zag, 2.ª ed., 1966, p. 17.

³⁷ GABRIELA MISTRAL, «Breve descripción de Chile», en *Recados contando a Chile*, vol. IV de sus *Obras Selectas*, Editorial del Pacífico, 1957, p. 124.

³⁸ Incluido en NICOMEDES GUZMÁN, *Autorretrato de Chile*, op. cit., p. 41.

³⁹ RAÚL SILVA CASTRO, *Creadores chilenos de personajes novelescos*, Biblioteca de Alta Cultura, 1952, p. 148.

Aun cuando en contadas ocasiones el pampino fue desfigurado en su plasmación literaria, quedan los convincentes personajes de un Rosendo Aguilera de *Norte Grande* con «mirada de soñador», de Carlos Garrido uno de los personajes centrales de *Los Pampinos*, de González Zenteno, donde su talento y coraje merecieron el reconocimiento del crítico Raúl Silva Castro⁴⁰, o la resolución del Teniente Montes, que domina el cuento *El Hombre de pana*, de Fernando Santiván. Pero frente a tales ejemplos de cualidades están aquellos que evidenciaron las deformidades morales, Silverio Lazo, despiadado y aliado de la muerte, el «Caudillo», ejemplo de desvergonzado egoísmo, el «Lolo», testimonio de la inescrupulosidad.

En compañía de chilenos existían varios grupos étnicos sobre la superficie calichera que el escalpelo de Víctor Domingo Silva, conocedor del alma pampina, gustaba distinguir:

En aquella abierta cancha de pelea que se llama la pampa salitrera se reconoce fácilmente el carácter de las diversas razas que allí acuden a competir cara a cara con el peligro y fatalidad.

Entre el chino tímido y astuto, el peruano meloso y tacaño, el boliviano pasivo y estúpido, el japonés discreto y ágil, destácase el roto chileno con todo su carácter, orgulloso, despillarrador y fatalista⁴¹.

Asimismo, la pampa hubo de acoger dos personajes históricos antitéticos: el *Cateador* y el *Enganchador*.

En la pampa, escribirá el historiador Roberto Hernández, el cateador

...representa en el pasado el tipo más original e interesante que pueda encontrarse en aquella casta especialísima que formaron los mineros del norte⁴².

Frente a lo atractivo como tipo humano del *cateador*, el papel que le correspondió al *enganchador* es el más detestable, y uno de los seguros despreciables en la literatura salitrera, junto al capataz de Oficina salitrera.

El *enganchador* era el principal culpable del origen del drama pampino, al que sacó con engaños de su tierra natal. Su descripción casi es la misma en toda la literatura.

El *enganchador* Zunco Retamales tenía el aspecto siguiente:

Terno de casimir, su flamante sombrero de ala plana, su calzado fino y su cadena de oro atravesándole el chaleco⁴³.

En *Norte Grande* Andrés Sabella lo delinea como:

Aquella silueta que compendiaba
al espejismo y al pedrusco⁴⁴.

⁴⁰ RAÚL SILVA CASTRO. *Panorama literario de Chile*, op. cit., p. 325.

⁴¹ Cuento «El Costino» en *La Pampa trágica*, op. cit., p. 143.

⁴² ROBERTO HERNÁNDEZ. «Cateadores», en *Cuadernillos HACIA*, op. cit., núm. 35, p. 7.

⁴³ VÍCTOR DOMINGO SILVA, *La Pampa...*, op. cit. Cuento «El Costino», p. 143.

⁴⁴ ANDRÉS SABELLA. *Norte Grande*, op. cit., p. 100.

Las condiciones de vida material del pampino también mereció la sentencia literaria.

Clodomiro Castro, en el tercer canto de su poema «El Campamento», deja traslucir su impresión:

Semejantes casillas-palomares
series de cuartos paralelos van.
Mal forrados con tabla o calamina.
Sin abrigo, sin luz, sin apariencia
traslucen de una vez la indiferencia
con que se mira a aquellos que allí están.
¡Pobres obreros!, en confusa mezcla
con la esposa, los chicos y los monos
apenas hay a sus cansados lomos
lugar estrecho donde reposar⁴⁵.

La lira de Víctor Domingo Silva se hacía eco de tal condición:

Mis versos, doloridos de la miseria humana
van por la noche, a veces, a sonar la campana
de alarma que sacude la muerte del suburbio⁴⁶.

Lo telúrico en Pablo Neruda también tiene presente al hombre en tal realidad y lo incorpora en los versos de su poema *Salitre*:

junto a tu nivea luz de estalacita,
duelo, viento y dolor, el hombre habita:
harapo y soledad son su medalla⁴⁷.

Benjamín Subercaseaux confirma tales imágenes:

Vi las casas de calamina y las polvorientas oficinas, coronadas de humos. En torno, los «campamentos» como grandes conventillos con un patio inmenso: La Pampa. Los niños, color de caliches jugando sus juegos de muerte, como los padres. Las mujeres en larga fila frente a la puerta de la pulpería o del doctor⁴⁸.

El mundo infantil con ternura de piel reseca por el clima es recogido por la mirada maternal de Marina Teresa Castro en *Niño Pampino*.

La inmensidad es el patio de sus juegos.
La noche le ofrece su manto, sin parcelas.
Las estrellas le hablan mientras duerme
y el sol, su amigo, le reafirma
su sello de nortino...⁴⁹

⁴⁵ CLODOMIRO CASTRO, *op. cit.*, pp. 9-10.

⁴⁶ VÍCTOR DOMINGO SILVA, *Jesta Heroica. Odas y Arengas*, Talleres de «La Provincia de Tarapacá», 1914, p. 12, «Mis Versos».

⁴⁷ PABLO NERUDA, *Antología esencial*. Selección Hernán Loyola, Editorial Losada, 1971, p. 316.

⁴⁸ BENJAMÍN SUBERCASEAUX, *op. cit.*, p. 99.

⁴⁹ MARINA TERESA CASTRO, *Estampas nortinas*. Poemas, sin fecha.

EL EMPAMPADO

Con el *empampado* entramos en la más estrecha relación y lealtad humana con la naturaleza nortina, la Pampa.

Tal nominación hizo su aparición en la literatura a través del cuento de Carlos Pezoa Véliz titulado *El taita de la Oficina*.

Las había echado, al norte por unos cuantos meses más. Anduvo corto en el cálculo, porque hace ya cuarenta años que no ve a la morena colorá ni al rancho de Nancagua⁵⁰.

En unas notas producto de su recorrido por la pampa en 1905 y del conocimiento de la personalidad íntegra de Isaac Arce, Carlos Pezoa Véliz escribía:

Para nosotros, hijos de la ciudad bulliciosa, este renunciamiento a los placeres de la vida ardiente que se hace en los grandes centros del sur, significa un heroísmo ¡que tiene los caracteres del sacrificio! El hombre de la pampa, ya no volverá a la tierra nativa. Sus intereses comprometidos en negocios no trasladables, la facilidad de hacer más éxitos pecuniarios; los muchachos a quienes todavía hai que formar; todo converge a la estabilidad. Cuando los chicos sean hombres, ya será tarde para volver. Porque es así esta desolación de los desiertos... I cuando se vá en paseo a la ciudad, cuando se escucha los estruendos de sus servicios ruidosos, cuando el vaho hastiador de los vicios callejeros atufa al buen humor, se cojen apresuradamente las maletas para volver a la tranquila vida del desierto, tan desolado pero pura⁵¹.

En *El Empampado* Víctor Domingo Silva recogió la conducta del hombre que a la pampa «perdona todas las vicisitudes a que lo condujo» en su personaje Hipólito Pizarro, que al dejar la Oficina donde laboraba queda exhausto en el desierto, donde desea morir al verse abandonado, pero se salva... ¡y regresa a la pampa!

A mediodía, aplastado por el fuego que le caía a oleadas, agotada ya su ración de agua y de coca, había deseado tenderse allí a esperar la muerte, que verá ahora como una liberación...

...Al salir Hipólito de la cárcel, un periodista se acercó a él y le pregunta:

Y ahora hombre, ¿qué vas a hacer? ¿A dónde te vas a ir?

Y él, roto, con una sonrisa fatalista de hombre que ha aceptado valientemente su dote en esta vida de miseria le respondió:

—¿Y a ónde hey d'ir, patrón? A la Pampa...⁵²

El desenvolvimiento de Bernardo Larra en *La Oficina en para nos* induce a considerar dos caminos por los que se llega a querer a la pampa. Una

⁵⁰ CARLOS PEZO VÉLIZ, *Antología (Poesía y Prosa)*. Selección Nicomedes Guzmán, Editorial Zig-Zag, 1957, p. 126.

⁵¹ CARLOS PEZO VÉLIZ, «Un Administrador. (Capítulo de un libro en preparación)». *El Comercio*, Antofagasta, 12 de junio de 1905. Tales páginas olvidadas de Pezoa Véliz fueron reproducidas íntegramente en JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ P. y JORGE ENRIQUE PANIAGUA S., *op. cit.*

⁵² VÍCTOR DOMINGO SILVA, *La Pampa trágica*, *op. cit.*, pp. 34-36.

posibilidad es el vivir y trabajar cotidianamente en ella. La otra es estudiándola en sus documentos y bibliografía que hablen de ella en silencio. En el relato se verifica la segunda opción:

Contempló detenidamente los lomos de los libros; todos estaban alineados en el mismo orden en que los había encontrado ocho meses atrás. Luego procedió a cerrar los armarios con la llavecita que había mandado hacer, y que se guardó en el bolsillo. Tal vez sería el mejor recuerdo que se llevaría de su existencia en la Pampa⁵³.

Ambas posibilidades Bermúdez, que es el mejor historiador del salitre, las hizo converger en la figura del médico de su novela *Pampa Desnuda*, conocimiento diario del vivir por su profesión, estando allí, y preocupación del pasado por medio de su afición arqueológica de la región y de su historia.

También existe en la literatura el anti-empampado, aquel que no soporta más la sequedad de la tierra, el que abandona todo al primer obstáculo. Aquello lo evocamos en Pedrín, personaje de *Terral*, que al no conquistar el amor de Lucía, se va de la Oficina.

Lleno una maleta con algunas ropas y algunos libros y llamo a «turco». Me voy con él a la pensión de los Sarria. Quiero despedirme de Eladio. Necesito apurarme. Hay un tren de carga a las siete, y soy amigo del conductor⁵⁴.

Otra desemejanza que hallamos entre el *empampado* y el anti, es la actitud frente a la tragedia.

El primero baraja dos alternativas: aceptar el famoso «dictado de la pampa», o sea el suicidio con dinamita, o al fracasar en tal proyecto, entregarse al determinismo del alcohol, donde esconderá su existencia por el resto de sus años. En Pedro Flores, *Norte Grande*, vemos el clásico suicidio dinamitero, mientras Román, el barretero, *Tiro Grande*, es un caso patético de la segunda solución.

Para el anti-empampado es alejarse de la pampa, en dirección al sur o al mar.

Nicolás Ferraro, en su cuento *Hacia el mar*, escenifica ambas posiciones que hemos mencionado:

Aquí sé que nos vamos, Luchos —dijo Hortencio.
 —¿Por qué no? Pampa caraja. Pura tierra. Cuando lleguemos me voy a mojar al mar hasta que el pellejo se me arrugue y me duela... ¿Y tú, Hortencio?
 Me iré al sur, bien al sur. Para que la lluvia me moje la cara por fin y sienta al caballo otra vez entre las piernas y lleve al pueñche en la manta.
 —¿Y tú, viejo?
 —Voy a llorar —dijo mi padre— contra el muro de la casa. Ahora mismo. Voy a llorar hasta quedarme sin pestañas... Aquí vivimos veinte años, la pucha. Me la dieron desde que me casé... Aquí mi mujer parió estos crios... Quiero llorar, Luchito, por la madre.

⁵³ OSCAR BERMÚDEZ, *La Oficina en para*, en MARIO BAHAMONDE, *Antología del cuento nortino*, op. cit., p. 264.

⁵⁴ NICOLÁS FERRERO, *Terral*, Ediciones Alerce, pp. 63-64.

—Estás loco —dijo Lucho, pero se frotó los ojos con el antebrazo y el antebrazo se le puso húmedo—. Estás loco. Esta pampa caraja se nos ha pegado en los huesos. La siento adentro, a veces. Apenas llegue al Puerto me la lavaré... la mugre de adentro, de los huesos... Y cuando ya esté blanco por dentro y por fuera, iré a la playa a tostarme de nuevo, pero con el sol del puerto. Para tener otro pellejo, otros huesos y otra alma. Estoy al lado del mar... me diré. Salí por fin del infierno. Es una porquería lo que hacen. Una maldita porquería sin razón —se inclinó y recogió un puñado de tierra seca y fina. Se la pasó por el pelo, por la cara. Sollozando—. Esta tierra nos sustuvo, la puta⁵⁵.

La tragedia para el pampino podía provenir de un tiro de dinamita, de la Administración de la Oficina, o de las acciones de sus compañeros que estaban ligados a la empresa, los que en su arribismo le daban vuelta la espalda. Esto lo observamos en el personaje *mister Praietu* (Prieto), el homónimo de *mister Jara* en las calicheras.

El más común de los infortunios fue el «quedársele echado el tiro», descrito magistralmente por Homero Bascuñán en el cuento *Don Pigua*.

Don Pigua es uno de los barreteros más nombrados... con la bolsa de explosivos terciada, el tarro de agua en una mano y los fósforos en la otra. Se para junto al pequeño cráter próximo a estallar, y anuncia, tonante, el peligro que se avecina:

— ¡Con fuego descotre, hombríiii!... —y el descotre no explota. Los hombres empiezan a impacientarse.

Hacen comentarios pesimistas:

—Se le quedó echado...

Don Pigua lanza garabatos... tarea peligrosa es descargar un tiro. Tiene apuro... Pero, de repente, el explosivo traicionero explota. Y el cuerpo del hombre se eleva hecho trizas, entre las costras veloces.

Fuera del accidente fatal de Don Pigua, tres particulares han resultado heridos...⁵⁶

Como epílogo irónico del drama del pampino, indicamos la contradictoria manera de manifestar el bienestar que algunas veces logró: la compra de un reloj y cadena de oro. Insólito símbolo que también diferenciaba al *enganchador*. Sabella señala que este gesto lo convirtieron en una tradición:

Los pampinos conservaban una tradición que los distinguía sobremedida. Cuando ganaban suficiente, «bajaban al puerto» a comprarse el reloj y la cadena de oro; esta cadena gruesa y brillante... coigando de los vientres endomingados... confirmaba el bienestar⁵⁷.

CONCLUSIÓN

La literatura de la época, de aquel momento histórico de la actividad salitrera, con sus tendencias y estilos, pudo captar la mayoría de los fragmentos que la realidad ofrecía a las posibilidades de la sensibilidad

⁵⁵ Incluido en MARIO BAHAMONDE, *Antología del cuento nortino*, op. cit., pp. 360-361.

⁵⁶ NICOMEDES GUZMÁN, *Antología de cuentos chilenos*, Editorial Nascimento, 1969, pp. 69-73.

⁵⁷ ANDRÉS SABELLA, *Norte Grande*, op. cit., p. 118.

poética y al vigor narrativo. Un número significativo de escritores chilenos se identifican con su creación salitrera.

La trilogía de Pampa, Salitre y Hombre mantiene su vigencia actual, representada por la continuidad de una poesía y relato menores que recrean con moldes convencionales, la vida y el paisaje pampino; y potencial, por brindar ahora, toda la fuerza evocativa de un pasado histórico que puede ser abordado innovadoramente, rescatando con odres nuevos la riqueza temática y simbólica que ofrece. *Maravilloso* fue el calificativo empleado por Vicente Huidobro para el salitre en *Mío Cid Campeador*. Todo un desafío. Un nuevo lenguaje pleno de simbolismo metafórico ha asumido el desierto de Atacama en *Paraíso* de Raúl Zurita.

Recordemos en una última mirada a tal literatura salitrera las palabras que Matías Rojas, en quien se conjugaba espíritu realista y poder de imaginación, expresara sobre el desierto, que tanto amó y consagró sus fuerzas para que otros le conocieran:

*Una fuente luminosa donde se han inspirado los hombres que se han lanzado al interior del Desierto, sacrificando muchas veces su vida en medio de esas inmensas soledades desprovistas de todo recurso, ha sido su historia que les demuestra que la fortuna podía cambiar no sólo su suerte, sino influir sobre los destinos de su patria*⁵⁸.

José Antonio GONZÁLEZ P.

⁵⁸ MATÍAS ROJAS, *op. cit.*